

El llamado de la inteligencia

Aline Pettersson

¿Qué hace atractiva la lectura de un libro? Me parece que el llamado de la inteligencia que chisporrotea como las luces de bengala. Y de eso está lleno el *Diccionario antológico de aforismos* reunidos por Irma Munguía y Gilda Rocha Romero, publicado por la UAM, Unidad Iztapalapa. Primero habría que comentar que su estudio introductorio es brillante y esclarecedor. Ahí se analizan las características que conforman el tema de una manera nítida, así como la historia del aforismo desde la antigüedad. Las compiladoras se dedican a explorar por los caminos de los muchos autores incorporados en el volumen. “Los aforismos... son como pequeñas islas definidas por el silencio que les precede y el que los sigue”. Y sí, entre esas dos lindes de silencio, se despliega y crece su sentido.

En la amplia reunión de textos del libro se extiende el poder cautivador de la mente que se irradia en el lector para seducirlo. Para seducirlo sin remedio. Se trata de un trabajo cuidadoso, amoroso, entregado. Y éste habla del fulgor del pensamiento de quienes aparecen por estas páginas así como de quienes se dedicaron a la labor de reunirlos. De extraer las perlas del texto de porciones más amplias, como por ejemplo, las citas de *Muerte sin fin* de Gorostiza.

El formato de diccionario permite al volumen ser abierto al azar para nunca quedar defraudado. Y en estas “pequeñas islas” el tiempo fluye desde Safo o Montaigne, por ejemplo, hasta Castellanos y Kundera. La mente no está ceñida por los límites temporales, sus brillos trascienden los siglos. Y se muestran aquí con el rigor de un pensamiento ceñido.

El libro está elaborado con un ramillete generoso de autores, si bien unos aparecen constantemente, tal como Cioran cuyas frases son inevitablemente sabias y sorprendentes, pareciera que siempre tiene algo agudo que opinar: “El escéptico quisiera

sufrir como los demás, por las quimeras que lo hacen vivir. No lo consigue: es un mártir de la sensatez”, dirá escépticamente.

Hojear el *Diccionario antológico de aforismos* es un viaje muy placentero entre los textos, entre la rica proliferación de citas que fueron reunidas durante un tiempo largo de lecturas de Munguía y Rocha Romero. Y se puede muy bien detectar el gozo de las antologadoras por este trabajo. El detenerse constantemente para rescatar los pensamientos que erigen el libro. Se trata de un anotar continuo queriendo poner a la vista las luces de la mente que, por otra parte, aquí resplandecen.

Hay diversas formas para encarar un libro y, éste que nos ocupa, no es para leerse de un tirón, aunque es difícil cerrar sus tapas, puesto que el lector se engolosina con él. El libro es, más bien, para tenerlo al alcance de la mano como una suerte de Biblia de cuyas páginas va a brotar siempre un rasgo brillante que lleva a ser meditado, gozado. Es también una suerte de ruleta que va a detenerse en el sitio preciso, aunque aquí no hay otros.

“¿Nuestras ideas, serán fósiles del futuro?”, se pregunta el también multicitado Nietzsche. Y precisamente las ideas salpican por todas partes de parte de todos. Así, este gratísimo diccionario vuela bajo los ojos del lector hasta las más altas regiones, porque jamás se trata de gracejadas sino del lustre de quien ofrece su visión particular sobre algún tema o varios. Desde luego que los textos están revestidos de ironía, no podría ser de otra manera para el cabal desempeño del proyecto. Y es que la ironía es una porción elevada del pensamiento, es el sitio distanciado donde se para el autor para contemplar el mundo y dar cuenta de él, así dirá Vitale: “¿Hacia dónde corremos, los que estamos tan quietos?”, por ejemplo, o “Sin ilusiones, vivimos apenas el sueño, que es la ilusión de no poder tener ilusiones”, según Pessoa.

Un estado de ánimo con un toque muchas veces ácido permea la lectura. Es inevitable porque “la inteligencia es una enfermedad del instinto”, dice Golwarz, y el instinto del lector aquí se aguza, pero como medicina del espíritu, para dejarse cautivar en él.

De vuelta al trabajo acucioso de estas investigadoras, no puede menos que admirarse no sólo su lectura, sino la organización en que fueron disponiendo las 1044 entradas del diccionario de “abandonar” a “yugo”, el lector se abandona a la lectura sin sentir jamás ese yugo, y sí un deleite grande donde ejerce su propio sentido crítico. El diccionario cuenta con un índice temático y otro por autor, lo que permite elegir el transporte idóneo para la travesía, porque es claro que tanto puede interesar el asunto, como también seguir descubriendo en un mismo autor sus opiniones diversas. No hay desperdicio.

Además de Cioran y Nietzsche, otros escritores muy citados son Antonio Porchia, Jean Baudrillard, Jorge Luis Borges, Ramón Gómez de la Serna y Edmond Jabès, pero igual aparecen Edmundo Valadés, Jorge Volpi y Guillermo Samperio. Igual hay prosistas que poetas o ensayistas. Y, como ya dije, y es obvio, la lista no se limita ni en espacio ni en tiempo, lo que lleva a constatar, de la mano de Munguía y Rocha Romero, que la inteligencia no tiene fronteras que la limiten.

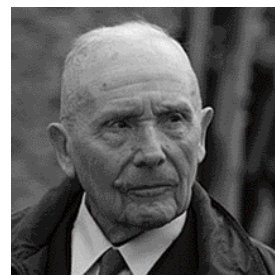
El viaje por estas páginas conduce al lector a su propia labor de reflexión acompañado muchas veces por la sonrisa o la misma risa. En todo caso, siempre por el brillo de la inteligencia que aquí se irradia desde cada una de las “pequeñas islas” que lo conforman.

El *Diccionario antológico de aforismos* es una muy grata manera de apropiarse de la agudeza de tantos autores convocados para hacerla florecer con la lectura. 

La página viva

De Julien Gracq y las ardillas

José de la Colina



Squirrel watching: *mi observatorio favorito es un breñoso montecillo de arena encima de un charco que arropado por las hojas sobrevive al verano ya ido. Veo a las ardillas bajar de un árbol y deslizarse bajo un zarzal y me pregunto si beben, pues en este bosque de arenal en el que pululan no hay un depósito de agua fijo. Desde que me tendí entre las agujas de pino, el silencio y la quietud me rodean durante muchos minutos. Esto en principio me desanimaría si no percibiera que la defensa de la ardilla alarmada nunca es huir, sino inmovilizarse donde está y fingirse muerta. Hay que orientar el oído más que aguzar la mirada. El primer signo de presencia es un rechinar de dientes en una piña de pino, audible a cincuenta metros, que la mirada, orientada por fin, confirmará por la caída intermitente de las cáscaras que, una a una, descienden al suelo girando como las hélices de las semillas del arce. Por un largo momento es poca la diversión que podemos esperar del estilista que come solitario: emplea en ello cerca de media hora y sólo un pánico súbito puede hacerle soltar la granada verde, que cae y percute pesadamente en el suelo arenoso. Luego, desde ninguna parte arriba de nuestra cabeza, una ardilla aparece en el ramaje como el gato de Alice. La mecánica de la ardilla desconoce la lentitud; su vida en el tiempo parece consistir en una serie de sacudidas galvánicas que de golpe disparan todos sus resortes y cortan largos momentos de inmovilidad expectante. Muy pronto se animan las cimas de los pinos; hay un extremo contraste entre la agilidad sin peso de estos animales aéreos, que parecen flotar un momento entre dos ramas, como una boa de plumas sobre las almohadas del aire, y el volumen sonoro que pueblan sus dientes*

perpetuamente roedores y el chasquido casi metálico de sus garras en la corteza de los pinos. ¿Son pendencieras o juguetonas? En cualquier caso, el encuentro de dos ardillas en un mismo pino suele desatar una persecución desenfrenada, espectacular, cuyo número final es correr en espiral en torno al tronco, desde la cima hasta el suelo, a toda velocidad y con la nariz de una tras la cola de la otra. Un día en Madison vi a las ardillas norteamericanas, un poco mayores que las nuestras, de cola más frondosa, de un gris-plata, jugar al salto de burro entre la hierba. En Capitol Square, cuando, sentado yo en una banca, les ofrecía cacahuates, venían saltando por el prado; a veces hasta se permitían comer de mi mano y un día sentí los afilados dientecillos en la yema de un dedo.

Las ardillas son en este bosque los únicos signos de vida, y sus silencios y correteos a pleno sol me asombran tanto que dejo de andar para admirarlos. Vida separada, compartimentada, que no entra en simbiosis con ninguna otra y flota en un espacio silvestre despoblado e inmenso en comparación con ellas. Cuando sorprende su leve clic-clac en medio del silencio, pienso que son guías de pioneros que incursionan en algún Far-West boscoso. La ardilla nunca tiene el aire de “estar en casa”, sino de patrullar saltando en las ramas superiores. Como un guía de pioneros en avanzada, se detiene, yergue la cabeza, interroga las encrucijadas del aire y parece avizorar y abrir el camino a una tropilla precavida que tomará posesión del bosque como de una tierra virgen.

(Julien Gracq, *Carnets du grand chemin*, 1992. Traducción de José de la Colina.)

El escritor francés Julien Gracq (seudónimo literario de Louis Poirier, 1910-2007), formado en lecturas de Balzac, Stendhal, Proust, Breton, de los novelistas ingleses del siglo XIX y los románticos alemanes, fervoroso oyente de Mozart, Wagner y Verdi, “compañero de ruta”, cuando joven, del movimiento surrealista, del que seguiría siendo lateral simpatizante durante el resto de su vida, ha escrito novelas de acción más íntima que aparente, escritas como largos poemas en prosa narrativa (*El castillo de Argol*, *El mar de las Sirtes*, *Un balcón en el bosque*), un afilado panfleto sobre el abusivo marketing literario y editorial en la cultura francesa del siglo: *La literatura al estómago*, un apasionado ensayo-homenaje a la persona y la obra de André Breton y misceláneos libros de apuntes en los que alternativamente lee y relee las literaturas de otros y estos tiempos y ve, revé, recrea los menos frecuentados paisajes, ciudades, campos y pueblos de Francia y Europa (*Lettrines*, *Carnets du grand chemin*, *En lisant*, *en écrivant*).

Sintiendo, como ha dicho en alguna parte, que “hay demasiadas manos para transformar el mundo y tan pocas miradas para contemplarlo”, Gracq, en esta página de escritura a la vez fijadora y fluida, que se diría hermana de las dedicadas por Juan de Yepes a las maravillas del mundo vistas como páginas de un libro de Dios, observa fascinado, desde el corazón de un bosque, el veloz zigzag de las ardillas en la tierra, entre la hierba, en el ramaje y en el aire y la luz, y lo traslada a una precisa tela sintáctica. ▮